

## Formas y genio de la ciudad. (Fragmentos de la derrota del urbanismo)

Juan Lagardera

*Recuerdo ciudades que nunca he visto exactamente*

Derek Walcott

Juan Lagardera es periodista. En 1998 fue comisario, junto con Amando Llopis, de la exposición del IVAM "La ciudad moderna. Arquitectura racionalista en Valencia".

La aproximación teórica y sistemática a la ciudad ha procedido habitualmente de las explicaciones historicistas y, en general, las corrientes actuales siguen siendo deudoras o críticas de las aportaciones que al respecto realizase Lewis Mumford en los años sesenta. Así que siguiendo con la óptica histórica, si deseamos reflexionar sobre la ciudad de finales del siglo XX será necesario repasar, siquiera someramente, las bases sobre las que se desarrolló, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad moderna, de la que la actual es su evidente heredera. Una ciudad, aquella, en la que como dijo el propio Mumford «el emergente capitalismo trató la parcela individual y el bloque, la calle y la avenida como unidades abstractas para comprar y vender, independientemente de los usos históricos, las condiciones topográficas o las necesidades sociales» ①.

① Lewis Mumford, *The City in History*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1961.

② En su *Filosofía del dinero* de 1907 (traducción española en el Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976), Georg Simmel dice textualmente que el núcleo interior de la modernidad representa «el clamoroso esplendor de la era científico-tecnológica».

③ Jürgen Habermas, Discurso para el premio Theodor Adorno 1980. Ver en Kenneth Frampton, *Historia crítica de la arquitectura moderna*, Gustavo Gili, Barcelona, 1993, p. 310.

④ Ferdinand Tönnies, *Community and Association*. (traducción inglesa: Routledge, Londres, 1955).

⑤ Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977.

### Los orígenes de la ciudad moderna

Al echar la vista atrás sobre dicho periodo germinal de la ciudad «megalopolítica» y sobre su evolución ulterior hasta nuestros días, a uno le parece que el nacimiento, crecimiento y madurez de esa ciudad debe mucho más a la presión del empuje científico-técnico y su corolario económico ②, que a las teorías vanguardistas, culturales o simbólicas, a los movimientos estéticos o éticos (políticos en suma), que por momentos se pusieron al frente o a los lados de la manifestación urbana que Occidente ha ido proponiendo cada vez con más énfasis en el periodo que definimos como contemporaneidad.

Es más fácil explicar ese fenómeno de universalidad masiva de la urbanización del mundo en claves procedentes de la termodinámica o de la filosofía de la historia que, desde luego, aplicando categorías artísticas o teorías urbanísticas más o menos complejas. Habermas (en 1980, precisamente el año de la bienal posmoderna de Venecia) señalaba que «la velocidad y rapacidad del desarrollo moderno son las responsables, más que la cultura vanguardista, de las rupturas y decepciones, junto con este rechazo aparentemente popular de lo nuevo», aunque «en última instancia, hasta el más recalcitrante neo-conservador admitirá que hay pocas oportunidades de resistirse, en términos reales, al inexorable progreso de la modernización» ③. Referido a un ámbito general pero que viene al caso, Ferdinand Tönnies escribió que toda «evolución social toma la forma de una desagregación espontánea» ④.

El sociólogo norteamericano Daniel Bell revelaba también el carácter proteico de la modernidad cuando decía en su famoso ensayo sobre las contradicciones culturales del capitalismo que ésta procedía en parte de «la desorientación del sentido del espacio y el tiempo, derivada de la nueva conciencia del movimiento y la velocidad» ⑤, movimiento y velocidad, añadimos nosotros, provocados por las sucesivas revoluciones tecnológicas y aplicaciones industriales que se vivieron en dicho periodo... Y la modernidad trajo consigo la gran urbe, y en ésta, siguiendo con Bell, tienen lugar «las nuevas concepciones del espacio, la eliminación intrínseca de la distancia», pues «las formas nuevas del transporte moderno no sólo reducen la distancia física, creando una nueva exaltación de los viajes y del placer visual de ver tantos lugares diferentes, sino que también las mismas

⑥ *Ibidem*.

técnicas de las artes nuevas, principalmente el cine y la pintura moderna, tienen el efecto de anular la distancia psíquica y estética entre el espectador y la experiencia visual» ⑥. «Una ciudad hecha para la rapidez es una ciudad hecha para el éxito», había propugnado Le Corbusier en 1929.

Más cercana todavía al ámbito de las percepciones es la opinión del sociólogo alemán Georg Simmel. «La persona que puede ver, pero no oír, se angustia mucho más (...) —dice Simmel— que la que puede oír, pero no ver. Eso es más (...) característico de la gran ciudad. Las relaciones interpersonales de los habitantes de las grandes ciudades se caracterizan por una insistencia mucho mayor en la utilización de los ojos que en la de los oídos. Podemos atribuirlo principalmente a la institución de los transportes públicos. Antes de que se generalizaran autobuses, trenes y tranvías durante el siglo XIX, las personas nunca se encontraban en la situación de tener que mirarse durante minutos o incluso horas seguidas sin intercambiar palabras» ⑦.

⑦ Georg Simmel, «Sociología de los espacios» (1903). Artículo aparecido posteriormente en el libro *Sociología*. Citado por Frisby, David. *Fragments de la modernidad. Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*, La balsa de la medusa-Visor, Madrid, 1992.

⑧ Richard Sennet, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza, Madrid, 1997.

⑨ *Ibidem*.

El norteamericano Richard Sennet ha postulado recientemente una visión semejante: «Durante el siglo XIX —escribe Sennet— el desarrollo urbano empleó las tecnologías del movimiento, de la salud pública y del confort privado, así como los movimientos del mercado, y la planificación de calles, parques y plazas, para oponerse a las reivindicaciones de las multitudes y privilegiar las pretensiones de los individuos. Individuos que, como observaba Tocqueville, se sentían ajenos a los destinos de los demás» ⑧.

Una seminal modernidad, pues, si seguimos los apuntes de Baudelaire, la crítica de Nietzsche o los análisis del propio Simmel y de Benjamin, nos anuncia, como ha subrayado el británico David Frisby ⑨, que las primeras percepciones de la modernidad de aquellos intelectuales se corresponden con la generalidad de las percepciones actuales y, en concreto, resultan sospechosamente rastreables en el corpus teórico de eso que se ha venido en llamar —y antes citamos— como posmodernidad. Recordemos brevemente que Baudelaire, creador del concepto de modernidad caracterizó a ésta como «lo transitorio, lo fugitivo y lo contingente». En el mismo texto, el autor de *Las flores del mal* indica que «para el *flâneur* perfecto, para el espectador apasionado, constituye un gozo inmenso instalarse en el corazón de la multitud, en pleno movimiento de flujo y reflujo, en medio de lo fugitivo e infinito. Estar lejos de casa y, aun así, sentirse en casa por doquier; ver el mundo, estar en el centro del mundo y, aun así, permanecer oculto al mundo... El espectador es un príncipe que disfruta por doquier con su anonimato» ⑩.

⑩ Charles Baudelaire, *El pintor de la vida moderna*. París, 1863. (Arquitectura, Murcia, 1995).

Recordemos también que Nietzsche habló del presente permanente de decadencia y de la falsedad de las apariencias, o que Simmel comprendió la imposibilidad de un análisis global de la sociedad moderna y se centró en los «hilos invisibles», «imágenes momentáneas», «fragmentos fortuitos de la realidad social moderna», y para quien el individualismo característico de la modernidad respondía interiorizándose, abrumado, ante la colosal manifestación de lo exterior que representa el triunfante mundo moderno. Llegamos así a la modernidad como «psicologismo» tal como la caracterizaba Simmel, y en donde junto a una clara tendencia socialitaria —una nivelación del igualitarismo sin precedentes—, se acentúa el individualismo y la subjetividad.

### *Arquitectura posmoderna y utopismo urbanístico*

Resulta curioso apuntar, por lo demás, que el concepto de posmodernidad fuese acuñado desde la disciplina arquitectónica, en principio como un rechazo estilístico al llamado Movimiento Moderno, otra operación estética, fraguada por Philip Johnson y Henry-Russell Hightcock en una exposición neoyorquina (1932), y que de la misma, de la posmodernidad en términos arquitectónicos, tan sólo ha restado un pequeño repertorio formal. Pero el término, más allá de la arquitectura, germinó en otros campos, en particular en el de la filosofía social, gracias fundamentalmente a las

⑪ Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Cátedra, Madrid, 1987.

Henri Michaux,  
*Sin título*, 1960

⑫ «La ciudad cosmopolita constituye una red interconectada que cubre toda la Tierra por encima de las todavía inmensas superficies que permanecen en estado prehistórico». Gustavo Bueno, «Teoría general de la ciudad», Ábaca, Oviedo, 1989.

sólidas aportaciones de Lyotard, quien considera, no obstante, que las características imputables a la posmodernidad –sus múltiples fragmentaciones– no deben interpretarse como elementos culminantes del proceso moderno, sino como el estado constante de la modernidad ⑪.

Nosotros no compartimos esta tesis paradójica, antes bien al contrario, volvemos a Baudelaire o a Simmel y convenimos en que las señales detectadas por Lyotard forman parte sustancial de la modernidad misma desde su aparición, y en consecuencia, consideramos la posmodernidad como la base universalizada y banalizada de ésta, no su estado permanente, fijo, que se contradice en suma con la idea de la movilidad, de lo nuevo, rasgos fundamentales de la modernidad. En todo caso, podríamos otorgar a la posmodernidad el carácter de conciencia evaluadora de la modernidad, el primer intento –moderno– de constituir una teoría de largo alcance de la modernidad y sus consecuencias, y por lo tanto, el punto de inflexión intelectual más que práctico a partir del cual se cuestiona dicha modernidad y se anuncia la necesidad de plantear, pensar, en otros términos, el futuro social.

En consecuencia con todo lo apuntado anteriormente, si a lo que estamos asistiendo en estos momentos es a la universalización de la modernidad, lo que obtenemos como resultado evidente es el proceso de universalización de la urbe, y efectivamente, nuestra experiencia del mundo actual así nos lo confirma. A finales del siglo XX, percibimos la ciudad, lo urbano, como un fenómeno global y dominante ⑫.

Las formas en que está operando el fenómeno urbano presenta, sin embargo, algunas características diferenciadoras a las puertas del nuevo milenio. Fracasada una buena parte de la teoría urbanística del Movimiento Moderno, del plan Voisin y la Ville Radieuse de Le Corbusier a otras tantas utopías vanguardistas para la ciudad (la Cité Industrielle de Tony Garnier, la Broadacre City de Wright...), hoy más que nunca cobran razón los arquitectos que ya en los años veinte y treinta decidieron trabajar redefiniendo la ciudad histórica, haciendo suyo el pensamiento benjaminiano que define la modernidad como «lo nuevo en el marco de lo que siempre ha existido», frente a los visionarios que postulaban una ciudad nueva. A partir de los años sesenta, la consolidación de la mirada urbanística sobre la reconstrucción de la ciudad heredada ya no es sólo evidente sino que ha provocado el definitivo ocaso del utopismo urbanístico.

Las más sonoras discrepancias en el seno del urbanismo contemporáneo se producirán a partir de los CIAM de 1953, cuando los Smithson y otros arquitectos cuestionen el funcionalismo aplicado al urbanismo en propuestas de grandes espacios y edificaciones aisladas: «la calle corta y angosta triunfa allí donde una redistribución espaciosa fracasa», entre otras razones –escribieron– porque «pertenecer es una necesidad básica emocional y sus asociaciones son del orden más simple: de pertenecer –identidad– proviene el sentido enriquecedor de vecindad». Los Smithson llegaron a teorizar con pretensiones científicas que por encima de la sexta planta de un edificio se pier-



de todo contacto con el suelo, más o menos la altura de un gran árbol, el límite experimental. Poco después, a principios de los sesenta, será Aldo van Eyck quien proseguirá la línea crítica: «los arquitectos modernos han estado porfiando continuamente sobre lo que es diferente en nuestro tiempo, hasta el punto de que incluso ellos han perdido contacto con lo que no es diferente, con lo que siempre es, esencialmente, lo mismo».

En 1964 se da a conocer el plan urbanístico para la ciudad italiana de Urbino, acometido por Giancarlo de Carlo, y en el que ya clara y pragmáticamente se propone la reutilización de la ciudad existente. En los años setenta será Aldo Rossi quien promueva el regreso a las viejas tipologías, y el grupo de la «Tendenza», encabezado por Vittorio Gregotti, el que con su influyente estudio urbano para Bolonia consolida la recuperación de los centros históricos. Mucho más lejos llegarán en los ochenta los hermanos Krier proponiendo la restauración de las morfologías históricas...

El último y más influyente escenario urbano se ha producido en la Barcelona olímpica de los noventa, bajo el mando teórico y gestor de Oriol Bohigas, quien ha logrado la recuperación de la ciudad histórica a través de una rigurosa –al menos así pretendida– acción de diseño urbano mediante arquitecturas de alto valor cultural –«conjuntos que a la vez son edificios y un trozo de ciudad»–, cuyo resultado final no deja de ser admirable aunque en ocasiones da la impresión de que la capital catalana se ha convertido en una suerte de escaparate de los arquitectos más famosos del planeta, primando una especie de coleccionismo monumental. «Las ciudades, sobre todo las europeas (...) no admiten grandes novedades. Lo que permiten son transformaciones parciales. Por eso creo que el urbanismo actual está abocado al problema específico de transformación de lo ya existente» ⑬. O una década después: «No se trata de reproducir textualmente las morfologías históricas, sino de reinterpretar aquello que hay de legible y antropológicamente conformado en la calle, la plaza, el jardín, el monumento, la manzana, etcétera (...); quiero insistir en que la ciudad tiene un lenguaje propio del que es muy difícil escaparse (...). Y se trata de comprobar cómo el abandono de esos cánones provoca la muerte de la ciudad (...). Hay que proyectar el espacio público –es decir, la ciudad– punto por punto, área por área, en términos arquitectónicos...» ⑭.

### *La derrota del urbanismo*

Resulta obvio, pues, que la crisis de la nueva ciudad, de la abstracción urbanística, ha ido a más y ha paralizado incluso al boyante urbanismo zonal que surgió al término de la Segunda Guerra Mundial tras ser definido y reivindicado en los CIAM de 1933. En el acelerado proceso de las últimas décadas encaminado a introducir «experiencia en el decorado histórico» ⑮ de las ciudades, el urbanismo ha evolucionado de la mancha sobre el plano al estudio de detalle de la calle y la plaza, en una síntesis entre urbanismo y arquitectura que deja fuera de juego el concepto de planificación, por lo demás cada vez más innecesario en las actuales sociedades de demografía negativa.

A este respecto, las conclusiones de uno de los más certeros historiadores críticos de la arquitectura moderna, Kenneth Frampton son elocuentes: «la pérdida de la ciudad finita en su calidad de objeto cultural significativo –dice– explica en parte la delicuescencia del pensamiento vanguardista y el reconocimiento de que la arquitectura ya no puede intervenir a escala global. El vacío que ha dejado nuestra incapacidad para crear dominios urbanos bien definidos y las instituciones que una vez éstos englobaron, se mantuvo hasta hace relativamente poco tiempo oculto tras las optimistas ilusiones que inducía el urbanismo operativo, una disciplina casi positivista con una efectividad en la dirección de la economía de consumo más bien eventual en lo que respecta a mantener cierto desinterés por la forma cultural. En contraposición a esto, el enclave urbano se declara ahora estrategia, alternativa viable ante el fracaso del urbanismo como práctica de planificación» ⑯.

⑬ Oriol Bohigas en declaraciones a *La Vanguardia* (septiembre de 1989).

⑭ Oriol Bohigas, Discurso de entrega del premio RIBA (parcialmente publicado por *El País*, 4 de julio de 1999). Un brillante hilo para seguir las discusiones antedichas se encuentra en la tercera parte de la *Historia crítica de la arquitectura moderna* de Kenneth Frampton, ya citado con anterioridad.

⑮ Debo la certera expresión al profesor de Estética de la Universidad de Cuenca, Vicente Jarque.

⑯ *Ibidem*.

Los denominados planes generales urbanísticos han terminado por perder sentido frente a la tarea actual de reconstrucción, quirúrgica, de la ciudad. El caso más palpable, ya señalado, es el de Barcelona, ciudad internacionalmente considerada en estos momentos por haber llevado a cabo una ingente tarea de recuperación urbana mediante la arquitectura. Frente a ella, Valencia vive un proceso muy diferente. La capital valenciana heredó dos planes zonales entre los años cuarenta y sesenta –ahora considerados aberrantes y expansivos, sobre todo el último de ellos–, para adoptar un nuevo plan urbanístico, de segunda generación, a finales de los ochenta, plan que introduce la normativización urbana calle a calle pero que no resuelve «técnicamente» en detalle ningún espacio. Nadie puede negar el decidido avance que supuso dicho plan respecto de los

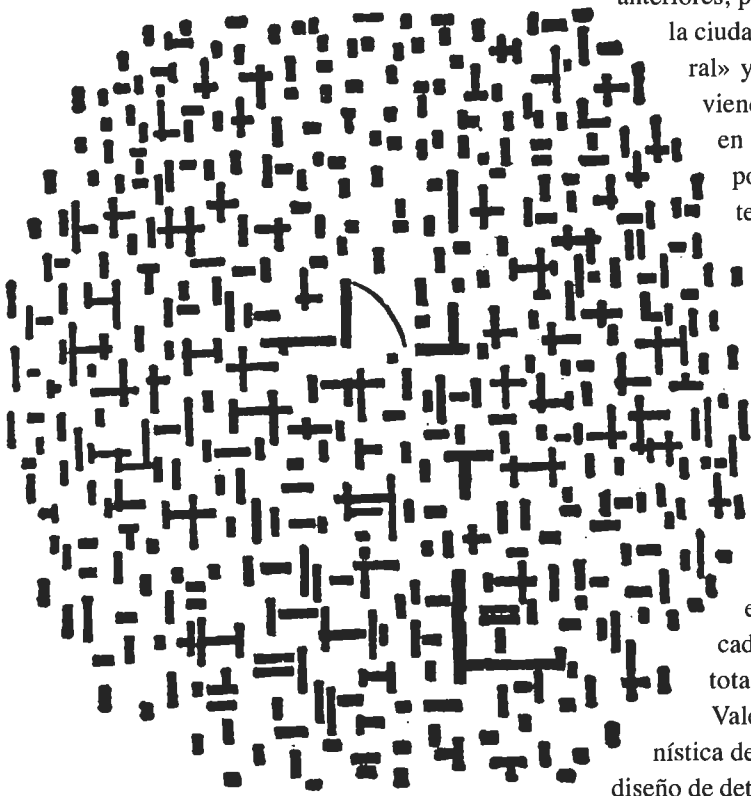
anteriores, pero hoy en día no sólo sirve de bien poco para recuperar la ciudad de Valencia sino que ha introducido una «cultura general» y simplificadora de la planificación urbana que está sirviendo para que políticos, constructores e incluso vecindario en general opinen y decidan, a veces contradictoriamente y, por lo tanto en conflicto, aspectos que únicamente pueden tener solución desde la formulación arquitectónica.

Reducida la ciudad a una especie de juego de lógicas geométricas sobre un plano, cualquiera se atreve a jugar, y cuando juegan todos suelen ganar los más fuertes, esto es, los especuladores. Ese sería el caso, por ejemplo, del famoso contencioso de la prolongación del Paseo al Mar por el Cabañal.

El proyecto de prolongación de una gran avenida valenciana hacia el mar salvando su último obstáculo a través del histórico y popular barrio de pescadores del Cabañal, se remonta al siglo XIX, pero ha sido en los últimos años cuando un exceso de «ruido» provocado por los múltiples intereses en juego ha desenfocado totalmente la cuestión. En la actualidad, la ciudad de Valencia sigue discutiendo acaloradamente la forma urbanística del problema y en ningún momento se ha echado mano del diseño de detalle, arquitectónico, para su resolución. De tal suerte que

cualquier propuesta «planificadora» –sea proteccionista o demolidora– resulta claramente insuficiente; mientras que cualquier solución arquitectónica, de ser acertada en su estética y funcionalidad, en su «idea de lugar» de la que carece por completo el urbanismo, sería correcta independientemente de si formula la apertura de la avenida, la rehabilitación del barrio marinero o las decenas de propuestas intermedias posibles.

Pero la arquitectura tampoco lo resuelve todo. En la misma Barcelona hay ejemplos de fracasos notables, de arquitecturas inservibles como espacios ciudadanos, como en el Moll de la Fusta o en algunas zonas de la Villa Olímpica. Y en Valencia, también, dos áreas de expansión que han sido marcadas por sendos hitos arquitectónicos –el *palacio* de Norman Foster para la avenida de Ademuz, y la *ciudad* de Santiago Calatrava para el barrio del nuevo Monteolivete– apuntan a resultar sendos fracasos cívicos, si entendemos dichos espacios como algo más que un lugar urbano construido, ocupado por edificaciones pero sin capacidad de articular las relaciones y necesidades públicas de sus moradores.



R. Ramírez Blanco.

Viñeta (sobre una composición de Piet Mondrian)

## Modelos norteamericanos

Esta tendencia a reconstruir la ciudad es, por lo demás, una característica de la urbe europea, que junto a otras ciudades asiáticas representa generalmente el modelo de ciudad histórica al que nos estamos refiriendo. Pero existen más tipos de ciudades en el mundo, cuyas ondas expansivas también llegan hasta nosotros. Ciudades como las norteamericanas, muchas de ellas construidas masivamente *ex novo* a partir de la revolución moderna, y en donde nos encontramos dos modelos básicos que salpican su influencia por todo el orbe.

Por un lado el modelo neoyorquino, de Manhattan, que se reproduce como *down town* en muchos otros lugares, y que acusa una clara tendencia a la remonumentalización de la ciudad, en cierta línea con lo que pidieron en su célebre manifiesto de 1943 Giedion, Sert y Leger cuando escribieron: «la gente quiere edificios que representen su vida social y comunitaria para obtener una mayor satisfacción funcional. Quieren ver satisfecha su aspiración a la monumentalidad, la alegría, el orgullo y la emoción»<sup>17</sup>. Hoy en día, sin embargo, en trance de consecución el igualitarismo social a través de los mecanismos del consumo, el monumento, la arquitectura singular en suma, parece quedar reducida a un objeto artístico de interés turístico —véase el caso del innovador Guggenheim bilbaíno—, o de lo contrario resulta sospechosa, manifestación de un poder ególatra o de un conocimiento estético sofisticado e incomprensible para el gusto social dominante, lo que el agudo crítico italiano Manfredo Tafuri llama «el rito del exorcismo creativo en aislamiento». La tendencia del ciudadano medio, igualitario e igualitarista, es a negar la arquitectura y a sentirse cómodo en el mero espacio estructural, como muestran esas moles de uralitas y contrachapados plastificados que representan las grandes superficies comerciales, dominadas por la decoración efímera del reclamo publicitario, inane culminación de los laberínticos pasajes del París decimonónico estudiado por el prehistoriador de la modernidad, Walter Benjamin.

Por otro lado tenemos el modelo californiano, de Los Ángeles, consistente en la expansión horizontal, en una especie de urbanización general del campo —que trivializa las históricas ciudades-jardín británicas—, surcadas por infinitas redes viarias y que en estos momentos suponen el ideal residencial de la clase media universal. Hace años que el sociólogo americano Herbert Gans realizó trabajos de campo para demostrar que «la masa de casas unifamiliares proporciona más cohesión familiar y un estímulo significativo de la moral dentro de cada casa»<sup>18</sup>; quizás porque las mismas representan un parcial retorno a la naturaleza, un efecto balsámico frente al alejamiento cada vez mayor del espacio natural que «la existencia particularmente abstracta de la vida urbana, basada en la economía monetaria, nos ha impuesto» y que genera, en palabras del ya mencionado Simmel, «una neurosis que se localiza por debajo del umbral de la conciencia»<sup>19</sup>. El regreso a la vida en la naturaleza, no obstante, se propone mediante un campo urbanizado sin más elementos de la vida comunitaria «perdida», en viviendas que se aíslan y hasta fortifican, y en donde, como consecuencia, la tendencia a la incomunicación y la pasividad civil se acrecienta, y los nuevos vecinos arman su soledad de perros guardianes, rottweilers asesinos, cuya misión es comerse al ladrón o al perturbador de la tranquilidad familiar. Un núcleo familiar, por lo demás, cada vez más finito como consecuencia de la acelerada endogamia social del mismo.

Arquitectos coetáneos del primer boom de las ciudades-jardín anglosajonas como Berlage o Tony Garnier ya criticaron la escasa capacidad de éstas para articular las fuerzas de la civilización

<sup>17</sup> J. L. Sert, F. Léger y S. Giedion, «Nueve puntos sobre la monumentalidad», en S. Giedion, *Architektur und Gemeinschaft*, Rowohlt, Hamburgo, 1956. Sobre dicho manifiesto y sobre la obra de Sert puede consultarse J. L. Sert y *el Mediterráneo*, catálogo de la exposición homónima editado por el Col·legi d'Arquitectes de Catalunya, Barcelona 1997.

<sup>18</sup> Herbert Gans, *The Levittowners*, Pantheon, Nueva York, 1967.

<sup>19</sup> Georg Simmel, *Filosofía del dinero*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.

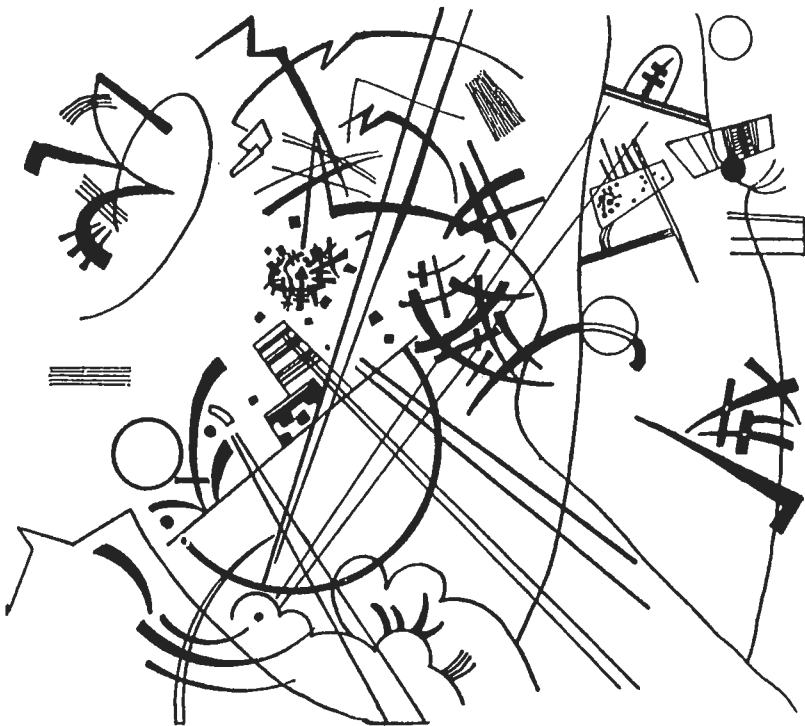
que acontecen en la ciudad urbana; mientras que pensadores como Splenger u Ortega consideran a la ciudad como el único escenario posible de la cultura. En cambio, desde la óptica revolucionaria, personajes como Bruno Taut o los primeros planificadores soviéticos preconizaron la disolución de las ciudades y el regreso al campo como mecanismo de regeneración humana.

Existe un cuarto tipo de ciudades, velozmente angustiosas y crecientes. Son las capitales tercermundistas, cuya problemática, de raíces demográficas y de confrontación civilizatoria y hasta antropológica, escapa al tema que tratamos de abordar aquí. En todo caso cabe apuntar que estas ciudades parecen crecer sin modelo alguno, al modo de los caóticos asentamientos medievales, mediante el improvisado hacinamiento, pero a una velocidad supersónica y en cifras

humanas desorbitadas en comparación con los burgos europeos, incluso en cantidades mucho mayores que las ciudades occidentales durante la gran explosión urbana moderna desde finales del siglo XIX a mediados del XX. Las ciudades del Tercer Mundo, en expresión de Paul Virilio, convierten en metástasis cualquier orden urbano.

Así que en términos generales, podemos concluir que, en mayor o menor medida, las actuales ciudades de nuestra experiencia se caracterizan por los tres modelos citados para Occidente: la reconstrucción de la herencia histórica, un cierto afán de remonumentalización escenográfica y la tendencia a crear grandes hinterlands de campo urbanizado. En todos ellos alcanzamos a ver a los individuos despojándose de la vida en común, asumiendo en el mejor de los casos una coexistencia con lo diferente, pero negando, desde luego, cualquier destino compartido cercano <sup>20</sup>. El destino común se sublima a través de las competiciones deportivas y otras instancias, pero poco más.

<sup>20</sup> Así describe Richard Sennet la comunidad multiétnica del Greenwich Village neoyorquino. *Ibidem*.



V. Kandinsky,  
Estructura lineal de un cuadro,  
1925

### Percepciones del futuro

Sobre ese contexto no es aventurado conjeturar que, en el futuro, nuestras ciudades van a seguir siendo el núcleo central de la civilización humana, y que la pasividad e incomunicación en las mismas irá en aumento, que los espacios públicos cada vez estarán más «vacíos» como consecuencia de la extensión de la comunicación tecnológica a través de redes sin movimiento físico personal, que la tendencia a la «domesticación» urbana de la naturaleza se convertirá en el sueño de todos los habitantes y que, por lo tanto, viviremos un cierto boom de ecologización controlada de las ciudades. Y que la descrita ausencia de movimiento permitirá luchar, en la medida que vaya reconvirtiéndose su poderosa industria, contra el verdadero cáncer de las ciudades actuales: el automóvil. Que la caída demográfica y laboral hará necesarios cada vez más los espacios dedicados al ocio y a la salud, espacios diferentes, más lúdicos y también puerilizados (parques temáticos y semejantes), y que

ese mismo crecimiento poblacional negativo, unido a la caducidad dentro de cinco o seis décadas de la mediocre arquitectura que ocupó nuestras ciudades en los años de masivo esplendor especulativo –los cincuenta y sesenta en Europa, los setenta en España– y aun hoy, obligará a la reutilización de la ciudad frente a su componente expansivo.

Como viene ocurriendo ya, aquí y ahora, la complejidad de las sociedades urbanas, su característica silente pese al ajetreo de sus tráficos internos, la cada vez más plural y variada gama de intereses, tendrá elementos de articulación social pese a todo, ya no generales sino sectoriales: cada vez vivimos menos la ciudad, a través de la cual nos transportamos desde el habitáculo del descanso –la casa– hacia los espacios vividos: el lugar del trabajo, del estudio, del arte, del fútbol, de los espectáculos o del ocio.

Todas estas percepciones señaladas no creo que dibujen un panorama apocalíptico ni nada semejante. Creo, con Richard Sennet, que «es un hábito moderno considerar puramente negativas la inestabilidad social y la insuficiencia personal» ②, y cada vez me parece más insolvente toda la psicología destinada a conseguir la integración y la plenitud del yo, y mucho menos la plenitud del grupo o de la etnia o la nación. Pues a las patologías de la vida urbana y sus pérdidas en la esfera social, responde el individuo relativizando el mundo o apropiándose en otra escala gracias a la universalización de la información periodística ③. «Porque, en los tiempos que corren, la verdadera redención de la subjetividad sólo puede obtenerse si se acepta el nervio saturado de la metrópoli. Porque sólo la ciudad está a la altura de nuestra experiencia» ④.

Será necesario rescatar a

Freud como sugiere el propio Sennet, y recordar como dijo el analista vienés que «para el organismo vivo, la defensa contra las excitaciones es una función casi más importante que la recepción de las mismas» ⑤. De tal suerte que la lucha moderna por crear un individuo independiente y liberado está terminando en el triunfo de la pasividad. La liberación de ésta, supone Sennet, consiste en asumir nuestro propio dolor, y el dolor de los lugares, de las ciudades, pero mucho me temo que la humanidad no busca ese camino estoico en el momento presente.



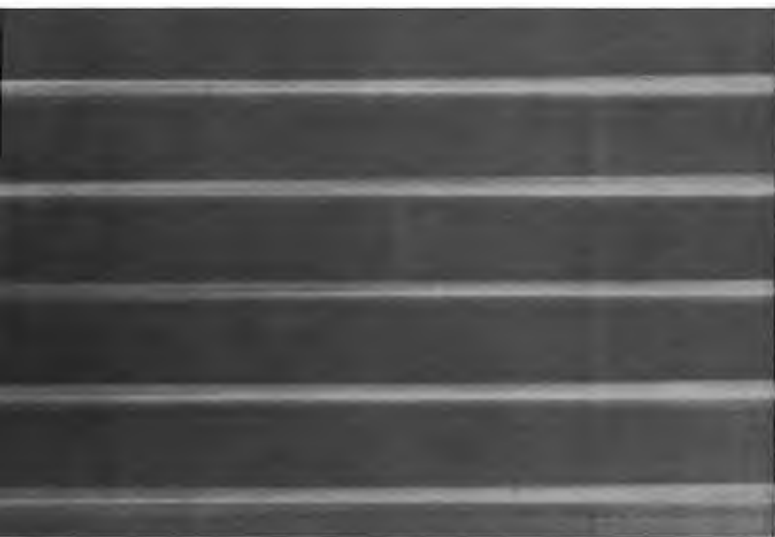
① *Ibidem*.

② Es posible que en este factor se encuentren parte de las respuestas a los interrogantes del profesor Joan Oleza –incitador de la presente reflexión, inicialmente una intervención en el seminario «Percepciones de la ciudad al final del siglo XX» dirigido por él en la Universitat d'Estiu de Gandia de 1999, y motivado por la preocupación por «la renuencia de la literatura actual a tratar la ciudad como escenario de las inquietudes humanas» –pues el periodismo, al poner al alcance todos los lugares y todos los problemas de los mismos aunque sea fugazmente, y tanto desde la esfera informativa como desde la intervención y desde una literatura de baja intensidad, recluye a la literatura propiamente dicha al espacio de la experiencia personal.

③ María Bolaños, «La ciudad es un estado de ánimo», en *La ciudad en la colección fotográfica del IVAM* (Catálogo del IVAM), Valencia, 1996.

④ S. Freud, *Más allá del principio del placer*. En *Obras Completas*, tomo XIII, Editorial Biblioteca Nueva.





Rolf H. Krauss,  
*Winkelsukzession. Eins und Zwei, 1980*